

Helvecio enseña que el interés personal debe ser y es realmente el único móvil de nuestras acciones. La verdadera moral es la *física de las costumbres*. En el fondo no hay moral propiamente dicha, sino simplemente una rama superior de las ciencias naturales, que enseña los medios de alcanzar la mayor felicidad posible. La ley única de la Naturaleza consiste en saber calcular su interés.

En resumen, como dice Letourneau, Helvecio dió a la moral una base a la vez demasiado estrecha y grosera: el goce egoísta de los placeres sensuales, y nada más. Ni siquiera parece haber pensado en los goces morales e intelectuales. No hay leyes de conciencia cuya obediencia obligue, no hay más que leyes civiles a las cuales hemos de someternos. No hay actos desinteresados en el mundo. Los más bellos sacrificios tienen por móvil la esperanza de una recompensa o el placer que su realización había de causar a sus autores. Mas ese placer, esa felicidad que se siente en sacrificarse no es en sí bueno ni malo; es asunto de temperamento. Los que sienten más placer en dar su dinero a un desgraciado que en conservarlo, hacen bien en darlo; los que hallan más placer en conservarlo hacen bien en conservarlo. Toda acción razonable debe ser el resultado de una comparación entre dos goces, debiendo decidírnos por el mayor.

Tal es la doctrina del *interés bien entendido*, que emitida por Helvecio, vulgarizada por Volney y reproducida por Bentham en forma más científica, llegó a ser la base de la moral mercantil e individualista contemporánea. Presentada en esos términos, sin eufemismos y sin perífrasis, esa moral del egoísmo es odiosa. No obstante, como justifica esta sequedad del corazón y ese amor exagerado del *yo*, que en ciertas épocas parece una enfermedad endémica, no ha sido necesario mucho arte para imponerla, y desgraciadamente es grande en nuestra época el número de los que consideran

honrado al hombre que ha sabido conducirse sin tropezar con las mallas del código penal.

No exageremos el alcance de esta crítica, como dice justamente Brothier, porque en la tal doctrina hay algo de verdad. Es bien cierto que el hombre aspira a la felicidad; es justo que ceda a esta aspiración; es bueno que ceda a ella y trabaje en vista de su propio interés. En una palabra, el hombre debe sentir amor propio; pero lo que no es cierto, justo ni bueno, es que no deba tener otro móvil. El hombre quiere también la felicidad de los que le rodean, de su prójimo, de los suyos; quiere también la felicidad universal. Es bueno que se ame, pero a condición de equilibrar este amor de sí mismo con el amor ajeno. Eso no lo comprendió Helvecio, y eso es lo que hace de su moral sensualista un manantial de inmoralidad.

D'Holbach vió mucho mejor y mucho más lejos. «La moral—dice—es la ciencia de las relaciones entre los hombres y de los deberes que se desprenden de esas relaciones. O, de otro modo, la moral es el conocimiento de lo que necesariamente deben hacer o evitar unos seres inteligentes y razonables que quieren conservarse felices y vivir en sociedad.» Como Epicuro, da por objeto a los esfuerzos de la humanidad «la felicidad duradera, no el placer efímero». Intenta fundar la moral sobre la fisiología y la educación; pero aunque proclamando el endemonismo terrestre, elogia vivamente las virtudes cívicas, que están bien a veces, aunque pretende *la virtud por la virtud*.

Según Holbach, el móvil del *interés* sólo puede invocarse legítimamente por el hombre de bien, lo que equivale—y esto es exacto—a hacer dependiente la moral del conocimiento y del predominio de los sentimientos morales.

«La palabra *interés*—dice con razón—es sinónimo de injusticia, de corrupción, de malicia, de pequeñez en un avaro, un cortesano, un tirano. En el hombre de bien, *interés* signifi-